

Prólogo de Humberto
de Rosamel del Valle: "Elina,
aroma terrestre."

Con este libro, tan leve en su densidad, tan clásico ~~efímero~~ en el transcurso de una obra caracterizada por una imaginación destelleante, Rosamel del Valle legitima su creación entera, la condensa y la ofrece en su propia germinación. A los 18 años de su muerte, filata, en forma vivísima y actual, su aporte a la creación poética moderna. No se trata de un testamento sino de un tramo más en la marcha que inició y cuyo objetivo fue la búsqueda inagotable, porque jamás será exhaustiva, de los poderes inéditos del hombre, su autenticidad, su dismisión y su misión. Este oficio de buzo de las tinieblas, este exponerse a las emboscadas, esta perforación de la imagen lógica de la realidad, se cumplen en él sin que pierda el señorío de su luz ~~mental~~ mental. Al palpar vetas oscuras, y propiciar la maduración del enigma, extrema sus dones en una visión, implacablemente afinada, que da más horizonte y sentido al hombre siempre incierto. Poeta a quien nadie le niega su inmenso talento y la originalidad de su obra, está situado siempre en los extramuros, emparedado e intocable, como si su supuesto hermetismo fuera mayor que la intensidad de sus méritos. Toda su vida deslizóse ajena al halago y al galardón, no por

XX. - este libro aparecerá en Montreal, Canadá, este próximo año, una a comienzos del siglo XXI.

soberbia sino por el imperativo ético de entregarse plenamente a lo que él consideraba un noble e irrenunciable mandamiento. Ojalá que este libro incite, especialmente a los jóvenes, a una exploración seria de un mensaje poético, uno de los más impresionantes de la época. Este libro es, fundamentalmente, un libro de claves, límpido, abierto, meridiano, de comunicación transparente, que vale por sí mismo, pero que a la vez nos orienta para penetrar en una maraña de raíces, y así emprender el camino hacia la dilucidación de su obra entera. Es ciertamente una prosa, pero de médula, expresión y resonancia poemáticas. Es un poema relatado que se articula en monólogos, diarios, trozos de invención dramática o confesión onírica, cuentos, poemas, exámenes de conciencia, declaraciones de fe: todo un conjunto de formas múltiples, engarzadas por una ^{aguja} sutil, una sombra intermitente, que nunca se impone del todo ~~exaltada~~ - Elina - , la que proporciona unidad, perspectiva, fundamento y organicidad a un texto eminentemente fluido, con pulsaciones, estallidos de luz, esencialidades; la riqueza inaudita de imágenes y de símbolos. Esta obra, a la que es imposible situar en alguno de los géneros que señalan los retoricistas, está concebida según la aspiración al texto integral o polifónico, síntesis que

tiende a intensificar y ampliar las posibilidades, tanto del develamiento como de la expresión. Rasgo importante de esta obra es su intertextualidad, considerada no como absorción o permutación de textos sino como el reconocimiento expreso de la obra de aquellos a quienes Rosamel debe ejemplaridad y cauce. Rinde tributo a creadores, casi siempre sufriendo de una extraña videncia, que le proporcionaron la linterna para internarse por galerías subterráneas. Pero es menester ser cuidadoso con la llamada ascendencia del que escribe en un determinado tiempo y en una precisa encrucijada cultural. Rosamel elige a aquellos con los cuales siente mayor afinidad, impulsado por las intuiciones y conflictos de su espíritu y por las tribulaciones de una cultura en crisis. Por ejemplo, ~~xxxxxx~~ sin que niegue a Goethe, le reprocha su exceso de equilibrio y afán de seguridad, y aunque emocionalmente se incline a aquellos románticos ~~alemanes~~ que se alucinan con sus espectros, prefiere a Hölderlin, más lúcido, aún dentro de su locura. En Rosamel es muy claro el proceso que se establece entre sus predecesores, el ímpetu de una poesía que ~~f~~ fulgura abriendo horizontes insospechados, y su propio combate que lo libra solo, casi enclaustrado, para mayor autoconsciencia y sublimación de su ardimiento. Elina interviene en este ejercicio sacramental; el encuentro de Eli-

na con Hoffmann, constituye uno de los capítulos más hermosos del libro. Elina nos recuerda a Aurelia, a Nadja, tal vez a Eurídice, por supuesto a Ofelia, y luego a Eva de su libro anterior "Eva o la fuga". Estas consonancias son importantes, pero no alcanzan a identificar la presencia de Elina, personalidad más dulce y próxima, quizá porque su misión es atravesar laberintos para conducir al poeta a un mayor contacto con lo terrestre y con lo humano. Elina está situada entre la mujer fatal y la mujer angélica: ella es la mujer mediadora, la que concilia, la clarividente, la apaciguadora. El poeta no la priva de su corporeidad, pero tampoco se empeña en x sensualizarla. Elisa, siendo liberadora, se libera de su propio subyugamiento secular y participa en la liberación general del espíritu, aunque siempre está contagiada por lo demoníaco y en la plenitud ~~de su amor~~ de su amor se halla el sombrío fulgor de la muerte. La mujer exalta su presencia para proporcionar mayor aliento al espíritu quebrantado; se esfuma o se diluye cuando cree que el poeta debe acometer resueltamente, el desciframiento de la vida, a la cual tiene que darle un sentido. Hacia Elina convergen, simultáneamente, ~~lo~~ lo manifiesto y lo sellado, lo tangible y lo invisible, la claridad y el frenesí. Ella es la médium en medio de una vida más honda y más plena,

la que suministra ~~xx~~ al poeta aquellas "llaves invisibles" a las cuales se refiere Rosamel en un libro anterior del mismo título. Elina está junto a un lago "donde se mira pensar". El lago, el lago... esta imagen me surge para referirme tanto a Elina como a la expresividad lírica del texto al que nos estamos refiriendo. Higo: la escritura de este libro es como un lago que manara para adentro de sí. Aquí ha de recordarse que la mujer del poeta se llama Thérèse Dulac y que ella procedió con él, y lo sigue haciendo conforme a la alusión de su ^{nombre} ~~nombre~~. El lago: los teólogos egipcios lo consideraban manifestación terrestre de la Vaca del Cielo, cielo líquido donde el sol está misteriosamente escondido.... El lago nos lleva al encantamiento de los poetas románticos. Arriesgado sería calificar de romántico a Rosamel, término ambiguo que sólo posee, para los efectos que buscamos, una mayor implicación si se establecen vínculos con los románticos alemanes, a los cuales él siempre alude, o con algunos poetas franceses, herederos legítimos del romanticismo como Baudelaire, Nerval o Rimbaud, o con Blake. Espíritu dionisiaco -en el fondo de la sensibilidad romántica- que une a la vigilia, las potencias del sueño, de la intuición, de lo abisal, y que exalta la interioridad, la afectividad, la imaginación, a trueque de tentar las vías del esoterismo o de la mística. De ahí la

marea y el brillo de esta "prosa" excepcional que se desliza como un dictado ondulante, siempre espontáneo, musical y poético a la vez, todo un entretejido diáfano que nos otorga, más que magnificencia, el sentimiento de lo inefable. Su escritura es un campo magnético por el cual pasa una corriente vibradora, a la vez que destallan como chispas los símbolos en que condensa los secretos que arranca a ~~luz~~ la tenebrosidad. Es una escritura afinada por una excavación incesante de sus estratos más escondidos y por el estremecimiento visionario. Leerlo es oír una ^spersistente campanada. Para leerlo con certitud y provecho y goce, y antes de cualquier requerimiento crítico, hemos de consentir en ~~que~~ que nos magnetice y colme de poeticidad. Pero este trasporte de lo más íntimo del poeta no lo despega de este mundo ni de su situación en un determinado lugar de la tierra. Así como Nerval y Breton deambulan por calles, torres y plazas de París, Rosamel nos ~~invita~~ invita a transitar con él por la calle Bandera o el Parque Forestal de Santiago de Chile, sobre todo este Parque, alfombrado en otoño, y lleno de calma en aquellos años de la juventud del poeta. En la evocación de la calle Bandera percibimos una nostalgia por cierta nocturnidad incendiada de vino y estremecida de pianolas. Lejos estamos del Nueva York que deslumbró al poeta en sus últimos años y electrizó algunos de sus poemas.

Pero aún, en la gran urbe, cegado por los resplandores, huye hacia el Parque Central y juguetea con las ardillas. En este libro aparece, con mayor fuerza, su ruralidad, lo que fue primigenio de su vida, su hermandad con el campesino, y su culto por los árboles y pájaros, o por las campanas y las lámparas, y su terror por los "leones de los sueños confusos". En aquellos parajes visibles, pero dobles, porque sobre ellos se extienden capas de sueño, Elina adquiere una mayor certidumbre, tanto terrestre como fantasmal, y sólo así ella le facilita el acceso a la analogía universal. No adviene la huida hacia lo ilusorio intemporal o hacia el cielo platónico o hacia el intrasubjetivismo; se trata de afianzar lo cotidiano, dejando a un lado lo convencional, para profundizarlo en lo imprevisto y maravilloso que él contiene. Así, Elina es la culminación mágica de lo fortuito, la necesidad imponderable de un azar, el encuentro desprevenido, pero determinado por impulsos ciegos del inconsciente, con cierta finalidad: la fuerza de un amor que se torna adivinación, fosforescencia y afirmación tenaz de lo humano. De súbito, el Zaratustra de ~~Nietzsche~~ Nietzsche surge como la señal de un destino tenso. ¿Qué ha sucedido en estos diez y ocho años de ausencia de Rosamel? Ha de reconocerse que ha estado siempre a nuestro lado, con una vi-

gencia admirable, imperceptible, pero fiel, con su verbo, su
cilicio, su dádiva, que tal vez ahora, sólo ahora, podamos
apreciar en su magnitud inagotable. El hombre se ha tornado
más complejo, más torturado, hay más angustia y obsesión
apocalíptica, pero él, contemplándose en la nada, no sabe
que en medio de su pánico "hay una estrella vestida de
verde". Ojalá se sienta en estas palabras un latido de
unción para reverenciar a Rosamel que mantiene entre sus
dedos crispados el rayo de la poesía.

Humberto Díaz - Casanueva

Nueva York.- abril 1983